

Ignacio de Loyola ¿medieval o renacentista?

MIGUEL BATLLORI
Profesor de la Universidad Gregoriana (Roma)
y numerario de la Real Academia de la Historia

La ponencia del Prof. Laín Entralgo responde a una cuestión que muchos se han propuesto. Y, como sigue siendo una cuestión, continúa aún en el aire y constantemente se vuelve a proponer. La cuestión es si San Ignacio de Loyola es un hombre medieval, o bien ya un personaje del Renacimiento.

Creo que se trata de una cuestión demasiado compleja para que pueda ser resuelta en forma escuetamente positiva o negativa.

Como la he venido proponiendo desde el quadricentenario de la muerte del santo en 1956 hasta el presente quicentenario de su nacimiento, en este año 1991, no voy a reproponerla ahora, pues mi prospección de esa problemática ha sido ya varias veces publicada bajo el título *Ignatius de Loyola zwischen Mittelalter und Renaissance*.

Pensada como una conferencia conmemorativa más que como un estudio definitivo y sin resquicios, me contenté con recorrer algunos rasgos característicos de la persona, de los escritos y de la obra de San Ignacio, que le conectan más bien con la Edad Media, junto a otros que le vinculan a los tiempos modernos. A mi entender no se puede aceptar, sin más, la expresión: «San Ignacio, ese medieval»; ni la opuesta: «San Ignacio, un hombre plenamente renacentista».

Sólo que los historiadores biógrafos que proceden más de los estudios teológicos que de los propiamente históricos se han sentido inclinados a ponerle la marca de «medieval» (tal es el caso de Paul Dudon y de Hugo Rahner), los biógrafos procedentes del campo de la Historia (Leturia y Villoslada) o de la metateología (Karl Rahner) se han detenido con más predilección en los aspectos renacentistas.

Laín Entralgo no entra en ninguna de esas especialidades condicionantes por proceder de las ciencias biológicas y de la historia de la cultura. Puede dejar, pues, de lado los aspectos medievales que a otros

han encandilado y desorientado, para ceñirse a los aspectos que le aúnan con su tiempo y que le proyectan hacia el futuro. Desde este punto de vista puede afirmar tajantemente que él es «el más alto y más característicos de los santos del Renacimiento», y presentármolo como «hombre y santo renacentista».

Apartando la vista de las medievales peregrinaciones a Jerusalén, del espíritu de penitencia física, de su afición a las acciones litúrgicas, Laín nos lo presenta en constante e inmediato contacto con la naturaleza cósmica (desde los años de Manresa), con la sociedad civil (antes de su conversión y sobre todo en Roma) y con la realidad del hombre (de los hombres y de las mujeres, a veces con rasgos misóginos, otras con tiernos y filiales agradecimientos a sus favores).

La Biblia había sido el libro de todos los ascetas y místicos desde los inicios del cristianismo; Ignacio no la separa nunca del libro de la naturaleza, que no en vano se han hallado claros ecos de la teología natural de Sibiuda en la contemplación para alcanzar amor y aun en sus experiencias místicas de los años romanos.

Tampoco la separa del hombre, como del hombre trataba sobre todo la teología de Sibiuda tan admirada por Montaigne; en el hombre de San Ignacio el hedor de los pecados viene sublimado por su dignidad, esa «dignidad del hombre», tan característica y tan variada en los más elevados autores del Humanismo y del Renacimiento. Al San Ignacio ya perfectamente estructurado en sus últimos años romanos, mientras está gestando una nueva y original orden religiosa, le interesa ante todo el alma, pero no se olvida del cuerpo y de su salud, tan necesaria para cualquier empresa apostólica: le interesa el hombre porque ha puesto su vista en los hombres.

Ni podemos negar en las páginas de Laín el entrecruce del hombre de la libertad y del hombre de la obediencia, pero no de una obediencia esquemática y caricaturesca, sino de una obediencia que no tiene que doblegarse ante «la evidencia de la verdad conocida». Ahí se da un entresijo entre Santo Tomás que enaltece la inteligencia y San Buenaventura y los suyos que subliman la voluntad y, con ella, el sentimiento.

Como fundador, Ignacio será un gobernante al estilo del antiguo régimen. Pero no se olvidó de decir y repetir que lo que aquí y ahora nos parece bueno, con el tiempo podrá no parecerlo tanto, abriendo así un amplio campo a las adaptaciones temporales. Para mí, ése es el verdadero carisma de San Ignacio, un hombre tan de su tiempo y tan apto para serlo también del futuro.

Un caso concreto de esos vaivenes de la historia religiosa nos lo da el tipo de espiritualidad de San Ignacio. Para muchos, fue sólo un gran asceta, que recelaba de la mística. Para los que bien le conocen fue un grande místico, que además en la cuarta semana de sus Ejercicios, y sobre todo en su *Contemplación para alcanzar amor*, deseaba conducir

al ejercitante que quería llegar a querer servir y amar en todo a Dios, hasta el dintel que le abría el camino de la contemplación elevada.

Ya desde la Edad Media se había notado que, mientras algunos místicos intentaban llegar, y hacer llegar, hasta un llamado «matrimonio espiritual» con Dios —actitud más propia de las mujeres que de los hombres contemplativos—, otros, en cambio, tendían al trato amistoso con Dios y sobre todo a la íntima amistad con Cristo. Ejemplos típicos de esa corriente mística son Ramón Llull en el tránsito del siglo XIII al XIV, y los neerlandeses de la *devotio moderna* en el paso del XIV al XV. La «familiar amistad con Jesús» era el ideal del autor del *De imitatione Christi*, como un siglo y medio antes Llull alcanzaba el sumo de su mística en el *Llibre d'amic e Amat*.

Curiosa esa coincidencia de la mística de la amistad en dos hombres, Llull e Iñigo, que habían pasado del amor lascivo al amor divino.

Más tarde, en la segunda mitad del siglo XVI, volverá a florecer la mística del espiritual desposorio, tan propia de la escuela carmelitana, que ahora suele parecer cosa de tiempos pasados, para volver al trato afectivo con la divinidad, y en particular con Jesucristo, como hombre y como segunda persona de la Santísima Trinidad.

Que también en la espiritualidad se dan los «corsi e ricorsi» de Vico, y lo que pudo parecer superado vuelve a ponerse en primera línea.

En este punto concreto Ignacio de Loyola nos parece, pues, más moderno ahora, que no en la segunda mitad del siglo XVI, en la que él murió, cuando muchas de sus actitudes ascéticas y espirituales parecían ya de otros tiempos.

Esas son algunas de las reflexiones que me ha suscitado la rica ponencia del Prof. Laín Entralgo en este Congreso, a la vez científico y conmemorativo.